

«Meitat de França, meitat d'Espanya...»

LLIVIA (2)

El escritor Gay de Montellá habla en uno de sus libros de la visita a Llívia de la Infanta doña Isabel, tía de Alonso XII, y de los problemas que planteó su ascesis hasta las Casas Consistoriales. Cuestión de perímetro: doña Isabel tenía las augustas posaderas casi tan anchas como las escalerillas que conducían hasta el Ayuntamiento. Dice también Gay de Montellá que las autoridades tomaron medidas —mentales, que el protocolo no permitía otras— antes de invitarla a visitar los archivos, pero que todo salió bien. Por pelos, pero salió —y antes entró— bien.

La antigua «Casa de la Vila» de Llívia estaba entonces en uno de los antiguos torreones que defendieron, en tiempos, la ciudad. La única ventaja de este palomar consistorial era, al parecer, que los concejales podían darse de tortas sin tener siquiera que levantarse del asiento. Las nuevas generaciones juzgaron que la ventaja era mínima, porque puestos a llegar a vías de hecho, la falta de espacio podía constituir incluso un «handicap» y construyeron, al otro lado de la calle, un nuevo Ayuntamiento mucho más holgado. Llívia se hallaba en una fase de expansión y el Ayuntamiento no podía quedarse atrás.

—Bastante lastre supone para Llívia el decreto de 1945. ¿Cómo, no lo conoce? Pues según este decreto, que se dio a raíz de la liberación de Francia, Llívia es zona intervenida. Por eso se necesita un permiso especial para entrar.

En Llívia, según este decreto, no pueden abrirse nuevos establecimientos: ni comercios, ni cafés, ni hoteles, ni «campings». Teóricamente, los de Llívia no pueden vender a los extranjeros ni un panecillo: todo el género que entra en Llívia ha de ser consumido por la población.

—Pues perdone que le diga, señor alcalde, que los franceses —y hasta los que no lo son— que vienen aquí, se ponen que da gusto verlos. Y compran zapatillas, vino de Oporto, amisete y salchichón, que yo lo he visto con estos ojos.

—Sí, de acuerdo, es una ley que no siempre se cumple. Pero trate usted de abrir aquí una tienda, y ya verá. Parece que ahora van a dejarnos construir un hotel de primera, con piscina, tenis y todo eso, con un presupuesto inicial de cuarenta millones. Es una cosa que daría mucha vida al pueblo. Pero, ¿sabe usted cuánto tiempo llevamos batallando por ese permiso? Casi dos años. No sabe usted la de pasos...

La cronista teme que sean demasiados y cambia sutilmente de conversación.

—Y ¿qué? ¿Cómo les va a los de Llívia con la agricultura? ¿Tienen muchos tractores?

—Treinta —responde el alcalde sombrío—. Y con treinta tractores se podría hacer el trabajo de toda la Cerdaña. Pero no hay quien se lo meta en la cabeza. Y, además...

Espíritu individualista. Falta de cooperación. Horror hacia los cambios. Excesiva parcelación de las tierras. Desconfianza hacia la técnica (y los técnicos). Rutinas inmemorables en el cuidado de las tierras y el ganado. Esa es, más o menos, la lista.

—Del progreso agrícola, sólo han captado la envoltura. Y compran tractores.

¿Dónde oí yo todo eso? Ahora recuerdo, me lo dijo también el alcalde de Alp, y el de Bellver, y el de Martinet. Estos alcaldes se replen. Afortunadamente, para quebrar la monotonía, el alcalde de Llívia redondea sus quejas con una frase perfecta:

—Tienen un duro a la butxaca els hi sembla que ni Déu els ha de ser bon mossó.

En las calles con olor a hierba

Mosén Celso me había citado a las doce y tenía tiempo de sobra. Para matarlo, la cronista se ha dedicado a pasear por los viejos barrios de Llívia mientras pensaba en las leyes que siguen rodando por

el mundo cuando las circunstancias que las motivaron ya no existen. Por pura inercia. Cómo se cultivan las tierras, cómo se seleccionan las vacas, cómo se siguen plantando perales en la Cerdaña aún sabiendo que sólo un año de cada cuatro las heladas respetarán el fruto.

Estos viejos barrios le alegran a la cronista el corazón. Aquí todo es sólido, funcional, consecuente. Casas de paredes gruesas y ventanas chicas para ampararlas del frío del invierno. Amplios alerones de madera cobijan los balcones donde se secará la ropa en tiempo de lluvia. Y en los dinteles de granito —un granito gris, brillante de micras y cuarzos— están grabados a cincel los nombres o los anagramas de los que las construyeron, y la fecha. Aquí vivieron los Saises, los Descatllar, los de Sard, los Jordana, los Vilana y el marqués de Gomar; y los templarios en el caserón de la plazuela que aún conserva una torrecilla airosa, humilde testimonio de los tiempos en que los de Llívia trataban de tú a los reyes.

A través de los amplios portales de las eras se oye el coclear de las gallinas, el graznar de los patos, el chillar de los cerdos y el lento mugido de las vacadas. En los altos «badius» —alas de pájaros al viento— las tórtolas zurean al sol sobre el brillo mineral de los tejados, mientras, debajo, la hierba se reseca lentamente.

A la cronista le resulta grato saber que esta parte de Llívia ha sido declarada de «interés artístico»: es una medida que quizá contenga el desentrenado amor que suele sentir el campesino por el cemento y las viguetas armadas. Y no es que la cronista tenga nada en contra del cemento, ni siquiera de las viguetas, pero cada cosa en su sitio: el hormigón en los rascacielos y aquí, en estas hermosas calles de Llívia, donde el viento corre todavía con olor a hierba y tañer de esquilas, las piedras bruñidas por los siglos. No hay brillo capaz de comparársele.

Lo que hay que admirar en la iglesia de Llívia

En la puerta de la iglesia de Llívia hay un letrero donde está escrito todo lo que hay que admirar: un Cristo del XIII, una capa pluvial regalo de Carlos V, un co-



Las niñas de Llívia juegan entre las piedras bruñidas por los siglos

pón del XVII, una cruz procesional del XVI, y me parece que aún me dejo algo.

Está todo en la sacristía, en unas vitrinas que ha mandado construir don Celso. Don Celso ha instalado además, en la plazuela de la iglesia, columpios, argollas y toboganes de vivos colores para que la chiquillería se divierta. Y ha plantado flores, ha instalado bancos y mesas de piedra para el reposo de los mayores.

Don Celso está ahora en la sacristía enseñando los tesoros de su vitrina a un grupo de «boy-scouts»;



La farmacia más antigua de Europa. La cronista no habla de la farmacia, pero sí la retrata

luego se las enseña a unas colegialas de Bourg-Madame; después a unos turistas franceses; luego a una familia de veraneantes. De vez en cuando se vuelve hacia mí y me suplica que le perdona, pero que ya veo... Y repite por quinta vez lo de Carlos I de España y V de Alemania, lo del cáliz de plata dorada, obra de orfebrería valenciana, lo del «ricius» del Cristo agonizante El Cristo me subyuga; fue seguramente un campesino el que cinceló el rostro de este otro campesino agonizante, este rostro pirenaico, trabajado por los vientos, curtido por el sol, que expira como un hombre más que como un Dios. Impresionante.

Pero, con todo, hay otros rostros que me impresionan más aún: los de esos adolescentes bebiendo estas migajas de belleza, deslumbrados por el prestigio de los nombres y los siglos. Y, también, la luz de felicidad que resplandece ahora en la cara de mosén Celso.

—¿Por qué lo hace usted, mosén Celso?

—Por apostolado. A Dios se puede llegar de muchas maneras. Esto me rejuvenece. Es como una medicina contra el tedio y la monotonía. Digamos que trata de ser un apostolado a través del arte.

—¿Los columpios de tuera son también apostolado?

—Claro. Hay que dar oportunidades para que los niños se acerquen a la iglesia.

—Y todo eso, ¿quién lo paga?

Mosén Celso me contiesa que, en su mayor parte, ha tenido que ponerlo de su bolsillo. El tiene unas gallinitas, y con lo que va sacando, sabe usted...

Mosén Celso y yo estamos hablando al pie del altar de Sant Guillem. ¿Conozco la historia de Sant Guillem? La cronista dice que algo ha leído sobre eso.

Cómo San Guillem perdió la cabeza

Sant Guillem era un noble de Carcasona que se fue a Santiago en peregrinación; en Isóbol bebió agua y le sentó mal. Sintiendo morir, preguntó dónde estaba la iglesia más cercana dedicada al Apóstol, y estaba en Alp. Allí lo enterraron. Luego empezaron los milagros, y los nobles de Llívia recibieron el soplo. Fueron a Alp y, con malas mañas, metieron el cadáver de Sant Guillem en un saco. Pero, con la prisa, se olvidaron la

cabeza. Y así fue como Sant Guillem perdió la cabeza.

Mosén Celso sonríe y me dice que quizá voy demasiado al grano. Y me completa la historia. Que, cuando durante la última guerra destruyeron la iglesia, una vieja se acercó al altar de Sant Guillem y dijo, señalando los huesos: «Que en voleu fer d'aquests ossos? Fan fàstic. Deixam'els anar a gicar fora!» Los metió en el delantal y los guardó en su casa, en un saco viejo. Parece, de todos modos, que en el nuevo ensaqué Sant Guillem no perdió nada.

—Llívia fue también la cuna de San Emiliano, de tra Romeu, del «bisbe» Fort...

—Y en Llívia murieron Paulo Cito el Retórico, Pedro Eulogio, Pío Segundo y otros setenta y tres mártires, todos discípulos de Santiago Apóstol.

—¿De dónde lo ha sacado usted? La cronista sonríe misteriosa, y don Celso me dice que los periodistas somos unos «tasta-olletes».

A decir verdad, la cronista lo sacó del canónigo Tarapha, y el canónigo Tarapha, según acabo de enterarme, de ciertas historias escritas por Antón de Nobis, autor del «Cronicón de Hauberto y Martirologio de San Gregorio», los dos —el Antón y el «Cronicón»— más falsos que Judas.

A la cronista, con estas averiguaciones, le entra una duda: si el canónigo Tarapha se dejó enredar en lo de los mártires jacobinos, ¿no se la darían también con queso en lo de Hércules? A ver si ahora resulta que tampoco es verdad que Hércules Líbico fue el fundador de Llívia...

—Bueno, y de la farmacia, ¿qué? En Llívia tienen la farmacia más antigua de Europa, con unos potes preciosos, un altar lleno de dorados, tallas de madera, señores pintados en las cajas, morteros de bronce y cuatrocientos años de funcionamiento, siempre de padres a hijos, siempre con el mismo apellido. Y usted, ni rípió.

—Pues mire: la farmacia es preciosa; los nombres de los potes, una pura delicia; los morteros, pesadísimos; los recetarios, una tesis doctoral; el retablo, barroco, y el apellido Esteba, digno de una laureada. Pero mientras en Llívia no pueda la cronista comprar ni una aspirina, la cronista no hablará de la farmacia de Llívia. ¿Entendidos?

Maria Dolores SERRANO

¡¡HERNIADOS!!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados, es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros, ni flejes, sólo pesa 95 gramos sin bultos; en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida, mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322). Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.

MATERNAL PARVULARIO

VALLVIDRERA

DESDE LOS 2 AÑOS

En el más sano lugar de Barcelona, jardín de infancia rodeado de pinos. Personal especializado. Francés desde 3 años, primera enseñanza, bachillerato comercio, idiomas

Teléfono 247-11-92. Calle Actriz Tubau, torre

VILLANUEVA Y GELTRÚ: Homenaje de Juan Magriñá al Grupo de Coros y Danzas

En la «Masía Nova», la mansión que la familia Magriñá ha restaurado, tuvo efecto un homenaje ofrecido por el maestro y coreógrafo Juan Magriñá al Grupo Mixto de Coros y Danzas de la Sección Femenina de esta ciudad, en agradecimiento a la colaboración prestada por estos bailarines en la obra «Festa Major», de Enrique Morera, precisamente en las representaciones que de este «ballet», dirigido por este ilustre villanovés, se ofrecieron en el Gran Teatro del Liceo barcelonés y en el Teatro Griego de Montjuich.

A través del desarrollo de este homenaje se ha puesto de manifiesto, una vez más, el gran amor que Juan Magriñá siente hacia su ciudad natal y hacia todo lo que a ella hace referencia y a la que ha ofrecido no sólo su presencia en todos los actos y momentos de mayor significación ciudadana sino también su desinteresada e inestimable colaboración artística, siempre que le ha sido requerida.

Mucho deberíamos extendernos para ofrecerles la dilatada carrera artística de Juan Magriñá. Ya en plena adolescencia recibió las primeras lecciones del maestro Llongueras, allá por el año 1920. Fechas que marcaron hitos en su carrera, fueron su presentación en público en el año 1926, con la puesta en escena en el «Palau de la Música Catalana», de los «ballets» de «El burgués gentilhomme», dirigidos por el maestro Llongueras y bajo la batuta de Pau Casals, en los que obtiene un gran éxito que es refrendado, poco tiempo después, en su debut en el Gran Teatro del Liceo barcelonés, en el que, a partir de 1931 y hasta su despedida de los escenarios figura ininterrumpidamente como primer bailarín. Profusa es también su labor como coreógrafo con sus personales creaciones en más de 100 óperas, «ballets» y coreografías clásicas y del folklore popular, bastando señalar la gran cantidad y calidad de los artistas que han salido y continúan saliendo de su academia fundada en 1934, así como su encomiable actuación como director del Cuerpo de baile del Gran Teatro del Liceo y como catedrático de danza del Instituto del Teatro de Barcelona, para resumir su actuación como maestro.

Villanueva y Geltrú debería rendir a este patricio villanovés el homenaje que, a no dudar, se merece y nada más apreciado para ello que ofrecérselo a través de la presentación, en esta ciudad, del «ballet» «Las Gaviotas». — Miguel ANSON.

FORTIS

Los primeros fabricantes de relojes automáticos de pulsera



6261/6262

Día y fecha automática

Este reloj-calendario se ha concebido exclusivamente para aquellas personas que desean poseer un reloj Suizo de la más alta precisión y artesanía con un diseño del futuro.

Consulte a su Relojero

SERVICIO MUNDIAL

FORTIS

RELOJES FORTIS SA

SUIZA